NUEVAS NORMAS DE PROSODIA Y ORTOGRAFIA

En respuesta a honrosa invitación, he preparado este humilde trabajo, con que entiendo adherirme fervorosamente al merecido homenaje que el Instituto de Filología de la Universidad de Chile se apresta a tributar a su dignísimo Director, el insigne humanista y filólogo Dr. Rodolfo Oroz, en fecha memorable de su vida, que lo encuentra en plena madurez intelectual.

Otro fue el asunto que en el primer momento escogí para esta colaboración; pero un acontecimiento posterior de trascendencia para nuestro idioma me ha aconsejado apartarme de aquel, para entretenerme, con la sencillez y llaneza de una charla entre amigos, en lo que va a leerse.

Tres cuadernos del *Boletín de la Real Academia Española*, entre septiembre de 1951 y agosto de 1952, fueron publicando un macizo y luminoso estudio que, con el título de *Problemas de Prosodia y Ortografía en el Diccionario y en la Gramática*, ometió don Julio Casares a la docta Corporación de que es ilustre Secretario Perpetuo. Hace apenas dos meses llegó a nuestro público, en un opúsculo de 134 páginas con el sello de la Real Academia, la reproducción literal de todo aquello, pero con el título de *Nuevas normas de Prosodia y Ortografía* y una leve alteración en el orden de las partes.

El Informe del señor Casares consta de una *Introducción*, donde después de proclamar la conveniencia de llevar a cabo de una vez la reforma implícitamente prometida en la edición de la Gramática de 1931 y reclamada por muchas consultas dirigidas a la Academia y por "las más recientes e importantes publicaciones de muy distinguidos

gramáticos y lexicógrafos”, señala el propósito del escrito y expone el procedimiento que ha adoptado. Y es, por cierto, mucha honra para mí el que allí cite, como “solo ejemplo” de estas últimas, la obra del que esto escribe titulada *Cartas a Eulogio*¹, “57 cartas, que son —dice él— otros tantos capítulos cuyos datos hemos aprovechado liberalmente” y hasta, más de una vez, literalmente. No he de esconder la satisfacción con que he visto que esas sencillas páginas, en que recogí muchas sabias enseñanzas y aspiraciones de preclaros maestros y tratadistas de la lengua, hayan brindado la mayor parte de los problemas que ha tratado de resolver la Academia con las reformas prosódicas y ortográficas que hoy nos ofrece. Pasa luego el señor Casares a plantear en la *Primera parte* de su Informe problemas de prosodia; en la *Segunda*, los de ortografía, y resume en la *Tercera* sus conclusiones o propuestas, a las que añade un *Apéndice* con nuevas aclaraciones.

Presentado el Informe el 8 de noviembre de 1951, la Academia designó una Comisión especial, constituida por las de Gramática y de Diccionario reunidas. Diose esta luego al estudio del proyecto, y el 30 de abril de 1952 produjo el dictamen correspondiente, con enmiendas y observaciones que reputó ser del caso, que firmaron los académicos Ramón Menéndez Pidal, Vicente García de Diego, Leopoldo Eijo Garay, Agustín González de Amezúa, Emilio García Gómez, Narciso Alonso Cortés y Dámaso Alonso. El Pleno de la docta Corporación tomó conocimiento del dictamen el 14 de mayo y, después de varias juntas de estudio, el 5 de junio votó favorablemente, por unanimidad.

El hecho fué considerado “día de júbilo en la historia de la Academia, por cuanto interrumpe un silencio que ya duraba demasiado”². En efecto, allá por 1911, si no ando errado, se eliminó la tilde en las partículas *a*, *o*, *e*; después no se produjo —por lo menos, con tanta solemnidad— otra innovación ortográfica. Dámaso Alonso expresó que debía felicitarse la Academia “por haber dado un paso que ha de ser importante en el destino de nuestro idioma”³, mientras González de Amezúa afirmaba que, con esta sanción, “la Academia daba una muestra inequívoca de la singular estimación que le mere-

¹ Son dos libros: *Cartas a Eulogio* y *Más cartas a Eulogio*, que Casares para simplificar, cita como I y II parte de una misma obra. Se hace referencia

también a mi obra *Palabras enfermas y bárbaras*.

² Palabras de Eijo Garay V., el opúsculo de las R. Academia, pág. 7.

³ Op. cit., p. 9.

cen ilustres filólogos americanos” que, “desde Bello hasta nuestros días”, vienen solicitando muchas de las reformas aprobadas ⁴.

Las propuestas que han merecido sanción son 44. Unas pocas nada tienen que ver con la prosodia ni con la ortografía, sino con la disposición o colocación de algunas palabras en el Diccionario, para economizar espacio y también para señalar preferencia: son las que han llamado “de régimen interno”.

Entre estas, no habría estado de más la que en su tiempo formuló, con respecto a la *rr*, don Rufino José Cuervo con estas palabras: “. . . no hay razón para tener la *rr* por un agregado de dos *eres*, ni, por coniguiente, para que, al ordenar en el Diccionario los vocablos por el alfabeto, se proceda como si lo fuera. Con los que tienen *rr* debiera hacerse lo que se hace con los que tienen *ll*, y convendría que en las venideras ediciones del Diccionario se siguiera la regla de agotar la *r* y seguir luego con la *rr*”.

De carácter similar es la insinuación formulada en otra oportunidad por el que escribe: imprímase con minúscula inicial el vocablo que encabeza cada artículo del Diccionario, a no ser que se trate de nombre propio, que exige siempre mayúscula inicial. Con satisfacción he visto adoptada esta práctica en la muestra del magnífico *Diccionario Histórico*, obra monumental que entre manos trae la Real Academia con la dirección del infatigable señor Casares. Es de esperar se observe lo mismo en los futuros diccionarios de uso corriente, el grande y el manual.

Volviendo a las normas, preciso es reconocer que los académicos, al sancionarlas, han procedido con espíritu amplio, con tanta liberalidad que, en ocasiones, no deja de parecerles a ellos mismos casi excesiva, lo que les dicta frases como de quien prevé el chubasco de los descontentadizos, que no han de faltar, y abre el paraguas. Hay soluciones que se les antojan atrevidas. Así se explican expresiones como las del señor García de Diego: “La Comisión dictaminadora . . . también ha admitido criterios de tolerancia y aun de libertad frente a usos vacilantes de la lengua común donde la Academia no habría logrado imponer la unificación sin chocar con prácticas respetables de pronunciaci3nes distintas” ⁵. El señor Casares manifiesta en un pasaje: “Al tocar este punto delicado (el de la tolerancia ortográfica), no lo hacemos sin cierto temor de que se rasguen algunas vestiduras en protesta de que incitamos a la anarquía” ⁶. Y es lo que en verdad ha sucedido por lo que yo me sé, y sucederá aquí y en otras

⁴ Op. cit., p. 8.

⁶ Op. cit., p. 106.

⁵ Op. cit., p. 10

partes a medida que se vayan conociendo y tratando de aplicar, máxime algunas de las novedades. Véanse algunos casos:

He tenido ocasión de hablar con correctores de imprenta, con redactores de periódicos y, más aún, con avezados maestros, y he debido oírles manifestaciones como estas: “¡Cómo! Resulta, pues, que nuestros esfuerzos han sido casi vanos. Hace decenios que bregamos por sostener las enseñanzas de la Academia Española, y nada menos que ella es quien ahora nos desautoriza, anulando hoy lo que ayer ordenó, o, si no desechando de plano formas señaladas antes como únicas, prefiriendo las que repudió o, por lo menos, desconoció prácticamente...”

Y con ejemplos acreditan la desilusión: “¡Lo que hemos insistido —exclaman— para que, por obediencia a la Academia, se dijera *poligloto*, en vez del adjetivo y sustantivo *poliglota*, que antes de 1927 se decía! Y ya lo teníamos logrado. Pues ahora nos encontramos con que el destierro que ella había decretado contra este, se revoca para caer, en cambio, sobre su rival *poligloto*. ¿Es que estarán de turno...? ¿Y qué haremos ahora en la escuela y en el periódico? Enseñar lo contrario; declarar implícitamente que estábamos en error... ¿Quiere usted otra? El hopo sudamos en nuestras lecciones de historia, o en las crónicas periodísticas, para que se corrigiese *olimpiada*, esdrújulo, como preceptuaba la Academia, en vez del infeliz grave *olimpiada*, que todos decían. Y ahora ella nos desacredita declarando que esta acentuación es preferible a aquella. Y, por analogía, habrá que hacer pronunciar *Iliada*, y *Cristiada*, y *Mesiada*, y *Austriada*, y *Lusiada*, que se tenían por vulgarismos, ¿no es así? Y luego, *driada*, y *miriada*, y hasta *monada*, por *driada*, *miriada* y *mónada*, lo cual no es, en verdad, poca monada. A lo menos, por influjo del nuevo benjamín, comenzarán las vacilaciones en esos esdrújulos de igual terminación. Y vea usted lo contrario con *torticolis*, porque ahora ¡fuera la acentuación llana, con toda la credencial de su etimología! y ¡a recomendar el *torticolis* de los esdrujulizantes...! ¡Hay que decir, amigo, lo de Plauto: ‘Oleum et óperam pérdidi’...!”

¿Qué podía oponer yo a esas quejas? ¿No tienen acaso su pizca de razón? También yo fui maestro y, como muy devoto de la respectable Corporación de la calle de Felipe IV, ¡vaya si rompí lanzas por sus doctrinas, cuando no reñían con ‘razones razonables’ y más al verlas sólidamente fundadas o en la etimología, o en el uso de los príncipes del decir! Y ahí me tienen ustedes poco menos que puestto en berlina por el mismo Secretario Perpetuo de la Española, porque, por secundarla, eché un día mano de todos los argumentos, has-

ta de alguna inocente ironía, para que se acabase con *amoniaco*, *austriaco*, *policiaco*, etc., que también “por acá”, señor Casares —no sólo en cenáculos madrileños—, campaban por su respetos, y se los sustituyese por los esdrújulos que nos endilgó el Diccionario en una de sus ediciones. ¡Véannos ustedes a estos pobres maestros, como chiquillos castigados nada menos que por hacer respetar a la madre...! ¿Y puede ocurrírsele a alguno que tales veleidades son como para afianzar la autoridad académica?

Se recomienda ahora *pentágrama* como preferible a *pentagrama*. Es verdad que *pentágrama* le oía, en mis días de muchachos, a un profesor italiano de música, muy bonachón y estimado, y *pentágrama* le oía también a mucha otra gente, así de pro como del vulgo. Pero desde entonces, la escuela en que sonaron voces autorizadas, como las de Monner Sans, Ferreyra, Oyuela, Selva y García Velloso, de los de casa, y de Bello, Cuervo, Ortúzar, Amunátegui, Martínez Vigil y de la Peña, de los de fuera, y las de sus innumerables discípulos, combatió tan reciamente el esdrújulo que hoy de él apenas si quedaba escuálido recuerdo para el chiste; con singular extrañeza nos lo da resucitado la mentada recomendación académica. ¿o sería interesante averiguar cómo se acentúa hoy dicho vocablo en los distintos países de América? ¿Y por qué no, en las diversas regiones de España? He preguntado aquí a varios españoles, y ninguno ha pronunciado *pentágrama*, y lo mismo, con respecto a otras voces de las discutidas; todos esos españoles, cultos eso sí, me han dado la acentuación que fue académica hasta hoy. ¿Y no se ve acaso lo mismo en todos los libros, y diarios, y revistas, que de España nos llegan? ¿Y entonces ese *pentágrama*? ¿No se trata de una supervivencia que aspira a privar? ¿No es la infiltración de una feliz minoría? Dice el señor Casares: “Es notorio que a ninguno de estos usuarios (alumnos de los conservatorios, profesores, ejecutantes, compositores, aficionados, etc.) se le ha oído jamás decir *pentagrama*”. ¡i él viniera a visitarnos, como tanto lo deseamos, oiría “por acá” todo lo contrario.

Y si nos decidiéramos a desenterrar el *pentágrama*, ¿cómo quedarán las voces de composición análoga, como *tetragrama*, *diagrama*, *anagrama*, *epigrama*, *monograma*, *programa*, y otras que como llanas registra el Diccionario? Para la generalidad pesa mucho la ley de las analogías y debe tenerse en cuenta en la prosodia también. Si se prefiere que aquella sea esdrújula, ¿por qué no han de serlo e tas también? ¡Cuántos dicen *epigrama*! ¡Cuántos, no sólo del vulgo, sino hasta doctos de los años aquellos, van a enviar un

telégrama! ¿Por qué, uno sí y los otros semejantes nó? “Las palabras —ha afirmado Dámaso Alonso en la misma junta académica— no son unas de mejor madre que otras”.

¿Qué cabría decir de *periodo*, paroxítono? Por lo menos, en este caso, la Academia parece preferir hasta ahora el esdrújulo *periodo*, aunque pone a su lado el otro como un competidor.

A bastantes otras palabras se les ha concedido que puedan acentuarse de dos modos, a voluntad. Si se puede decir *anémona* y *anemona*, se supone que lo mismo será para la variante *anemone*, que podrá convertirse en *anénone*. Si se autorizan *gladiolo* y *gladiolo*, ¿no gozarán de igual franquicia *foliolo* y *gradiolo*? Se han aprobado *dinamo* y *dinamo*, y nada se dice sobre su género, que en muchas partes, como en la Argentina y, si no me engaño, también en México, es masculino (*el dinamo*), por influjo de la terminación. Pues había disparidad entre nombres de una misma terminación, se han concedido las dos acentuaciones a los compuestos de mano: *bimano* y *bimano*, *cuadrumano* y *cuadrúmano*, etc.; a los en *mancia*: *quiromancia* y *quiromancia*, *nigromancia* y *nigromancia*, etc.; a los en *iacos*: *amoniaco* y *amoniaco*, *cardiaco* y *cardiaco*, etc.; a los en *ósmosis*: *endósmosis* y *endosmosis*, etc. Admite *metamorfosis* y *metamorfosis*, que así emparejan con los ya legales *metempsicosis* y *metempsicosis*.

Más de cuatro se sorprenderán de este fallo: “*fútbol* quedara como única forma autorizada”, y preguntarán por qué no se ha concedido también a éste la forma aguda *futbol*, que patrocinó un tiempo la Academia y sigue empleándose como forma exclusiva en muchas partes.

En la norma 5ª se expresa: “De igual modo que el Diccionario autoriza hoy *pseudo* y *seudo*, se admitirán las grafías sin *p* inicial para las restantes voces que comienzan con *ps*: *psicología* y *sicología*, *psicosis* y *sicosis*, etc.”. En la discusión, declaró Dámaso Alonso: “Yo escribiré siempre, ya, *sicológico*, puesto que escribo *salmos* (y las palabras no son unas de mejor madre que otras); pero nadie podrá lamentarse. El aficionado a antiguallas queda autorizado por el propio dictamen a seguir escribiendo *psicológico*”⁷. Y esa eliminación de la *p* está bien, pues se funda en la realidad de nuestra prosodia, que mira de reojo esos grupos consonánticos, iniciales sobre todo; esa *p* no la pronuncia sino la afectación. Y alguien pregunta: ¿Se extenderá el in-

⁷ Op. cit., p. 9.

dulto a voces compuesta, como *metapsíquica* y *metempsicosis*, de modo que puedan también escribirse *metasíquica* y *metempsicosis*, como se oyen frecuentemente? Yo creo que sí. La única excepción acaso sería la voz monosilábica *psi*, con que se designa la letra del alfabeto griego equivalente al fonema *ps*.

Otra pregunta: ¿Por qué no extender tan buena franquicia a las voces que comienzan con *pt*, como *pterodáctilo*, *pterópodos* y *ptosis*? En el léxico oficial hay ya voces, como *tialina*, *tialismo* y *tomaina*, que etimológicamente, llevan *p* inicial. Y ¿no la llevaban *Tolomeo*, *Tolomaida*, etc.?

Loable es también la venia para eliminar la *m* inicial, que precede a la *n*, en voces como *mnemotecnia*, *mnemónica* y pronunciar y escribir *nemotecnia*, *nemonia*; y la *g* del grupo inicial *gn*, para pronunciar y escribir *neis*, *nomon*, *nóstico*, etc., en lugar de *gneis*, *gnomon*, *gnóstico*, etc.

No es menos de aplaudir la norma 6ª: “Se incluirán en el Diccionario las formas contractas *reemplazo*, *reemplazar*, *reembolso*, *reembolsar*, remitidas a las ya registradas con doble *e*”. Pero aquí es espontáneo preguntar: ¿Por qué no extender la concesión a las demás voces en que concurren vocales idénticas, las cuales, prácticamente, se funden al pronunciarlas? ¿Es quizás poca complicación para la memoria tener presentes los casos favorecidos? No están en idénticas condiciones, por ejemplo, *reedificar*, *reeditar*, *reelegir*, *reeducción*, *reencuentro*, etc.; con otra partícula, *sobreexcitar*, *sobreempeine*, etc.; y con otras vocales, *contraataque*, *contraaviso*, *coordinación*, *cooperador*, etc.?

Pero esta duplicidad de forma de un mismo vocablo, en general, por lo que tengo observado, no ha merecido aceptación. He citado a los descontentos la explicación del señor Alonso: “Para que nadie se escandalice, se admiten ahora casi siempre dos forma: la que se venía imponiendo hasta aquí y otra más fonética a la que se da entrada... Es de esperar que un día estas duplicidades puedan de aparecer del Diccionario. Si los hispanoamericanos llegan a adoptar, p. ej., la pronunciación *período* (mucho más natural para una garganta hispana), y e pañoles e hispanoamericanos se acostumbran a escribir *sicológico* (como ya se lee con frecuencia en América), la Academia podrá, andando el tiempo, eliminar las formas *período* y *psicológico*, ya que donde hay opción no hay fijez^a”⁸. Y ellos han replicado:

⁸ Op. cit., *Ibidem*.

“¡Gran verdad! ¡No hay fijeza! Tantas formas dobles son flaco factor de fijeza. Y sin ésta, se irán ahondando las divergencias, se dará pábulo a otras nuevas y se demorará y acaso no llegará nunca la deseada unificación del idioma, que persiguen con tanto ahinco los Congresos de Academias de la Lengua” . . . “Esas duplicidades —agregan otros— podrán ser una solución, solución de complacencia, pero no la solución, la solución lógica. Invíten e a todas las academias —por eso son correspondientes— a estudiar los casos dudosos y pónganse todas de acuerdo en adoptar, por respetable mayoría, una solución única. Así se «limpia, fija y da esplendor» . . . Véase lo que me ha escrito un lexicólogo insigne: “¿Es simplificación y ‘fijación’ eso de dejar al que habla y escribe en libertad de hacer las cosas como le venga en gana? La Academia se va ahora al otro extremo: en tantos casos en que podía resolver ex cátedra la vacilación, la exacerba con tal de poder decir que pretende dejar la solución al uso culto. Lo lógico habría sido consultar a las academias americanas y a las autoridades en la materia . . . Como si no hubiese ya bastantes formas dispares en el Léxico, nos brinda ahora varios puñados más. Si se eliminaran las formas desusadas o ilógicas, se ahorraría muchísimo espacio y podría disminuir el tamaño, el peso y el precio del Diccionario . . .”

A decir verdad, la cortina de desconfianza y aversión tendida entre estos países y la Academia no es su magisterio razonable, sino la resistencia que creen aquellos ver en esta a aceptar las voces propias de su naturaleza, ciertas acepciones peculiares, modismos y locuciones locales, con la misma amplitud con que se legalizan las de tantas regiones de España. Pero, en estas dudas sobre materias comunes, creo que ninguna academia tendría dificultad en reconocer una solución única, que se base en criterios lógicos. La buena voluntad en la escuela y en la prensa culta haría lo demás, y nos acercáramos así a la bendita unidad. Los resultados obtenidos por la escuela y la prensa de mi país, en este campo de la corrección idiomática, avivan mi fe en la eficacia de su labor educadora y unificativa. Lo que una y otra han logrado aquí en los último treinta años ¿por qué no podrán lograrlo las de la Península y de los demás países hispanoamericanos?

Porque a ello, a esa unidad lleva, no merece sino aplauso el empeño por uniformar la prosodia dentro de las series de voces cultas similares, que el Diccionario venía acentuando diversamente. Lo que se aplaude es que se haya fijado una sola forma, y no se hayan auto-

rizado las dos, como en los caso referidos anteriormente. Por eso, en adelante se dirá *monodia*, con el mismo acento de *prosodia*, *salmodia*, *palinodia*, etc.; *antropofagia* y *adefagia*, como *aerofagia* y *disfagia*; *nictalopia*, como *miopia* y *ambliopia*; *necroscopia* y *laringoscopia*, como *radioscopia*, *higroscopia*, etc.; *elefantiasis* y *midriasis*, como *litiasis*, *satiriasis*. etc.

A pesar de que no sufre la uniformidad, poco place la virada en los compuestos de "cefalia" Hasta ahora, con la Academia, decíamos *macrocefalia*, *microcefalia*, *acefalia*, etc., y así casi todos los vocabulistas y el mismo Casares en su *Diccionario ideológico*. ¿Por qué, esa traslación de acento a la sílaba anterior *fa*? Aquí hace más de cien años que se dice *acefalia* y así se lee en todos los textos de derecho político. ¿Será muy fácil suplantarle con *acefalia*?

Otra solución satisfactoria. Antes la Gramática, en su número 541 b), ordenaba: "Los dos elementos de las voces compuestas conservan su acentuación prosódica, y deben llevar la ortográfica que como simples les corresponda; v. gr.: *cortésmente*, *ágilmente*, *licitamente*, *contraréplica*, *décimoséptimo*". En virtud de esta regla, clara y categórica como la que más, los compuestos *asimismo*, *rioplatense* y otros, además de conservar cada uno los dos acentos prosódicos de sus componentes y, por lo tanto, también de *así* y de *rio*, exigían las tildes que a estas dos voces, separadamente, les corresponden: *asimismo* y *rioplatense*. Pues la Academia, desairando su propia enseñanza, las escribía sin tilde: *asimismo* y *rioplatense*. ¿No era natural que se protestara contra lo que tenía visos de pura arbitrariedad? Y sólo por eso, (por la existencia del referido precepto, y no porque yo haya creído jamás que el compuesto *asimismo* fuese esdrújulo y *rioplatense* sobresdrújulo, como parece insinuar el señor Casares, en la página 43 del opúsculo, pues para mí el elemento *así* se torna átono al juntarse a *mismo*, y ni siquiera le concedo acento, sin repugnancia, en la fórmula equivalente *así mismo*), por eso únicamente, digo, he delatado la inobservancia del precepto, el mero caso de inconsecuencia. Hoy, con la norma 9ª es otra cosa: el precepto incumplido se ha derogado y lo reemplaza el siguiente, más razonable por cierto: "Cuando un vocablo simple entre a formar parte de un compuesto como primer elemento del mismo, se escribirá sin el acento ortográfico que como simple le habría correspondido: *décimoséptimo*, *asimismo*, *rioplatense*, etc.". Y ahora sí, con esta nueva norma, nadie objetará las grafías *asimismo*, *piamadre*, *tiovivo*, etc., y hasta *rioplatense*, a pesar de que, según la regla de marras, *rio* debía conservar su acentuación y, en efecto, la ha conservado para los conocedores

de dicha regla, que, obedientes, pronunciaban *ri-oplatense*, como, por lo mismo, decían *tí-ovivo*, *pi-amadre*, etc., pero sin ver ningún esdrújulo, sino voces yuxtapuestas.

Por la misma norma, como se habrá observado ya en los ejemplos, desaparece la tilde de *décimo* cuando se enlaza con otro ordinal: *decimoprimer*, *decimosegundo*, *decimotercio*, etc. Y en *decimoséptimo*, una sola tilde: la del segundo elemento.

A la misma norma podría reducirse la 11ª, por la cual se suprimen las tildes en los compuestos de verbo y enclítico más complemento: *sabelotodo*, *sanalotodo*, *siguemepollo*, *metomentodo*, *zampalopresto*, etc.

Constituyen la excepción los adverbios en *mente*, a los cuales se les reconocen dos acentos prosódicos, uno en el adjetivo que precede siempre y otro en el sustantivo *mente*, de tal modo que pronunciarlos con un solo acento, como voces llanas, debe tenerse por incorrecto. Así, pues, se pronunciará y escribirá *ágilmente*, *licitamente*, *cortésmente*, *friamente*, etc.

No se ha tocado el número 541 a) de la Gramática, que enuncia: "Los tiempos de verbo que llevan acento ortográfico lo conservan aun cuando acrecienten su terminación tomando un enclítico; v. gr.: *fuése*, *vióse*, *pidióme*, *conmovile*, *rogóles*, *convenciólos*, *andarése*". Pero, aunque no se haya derogado esta regla, deberán eliminarse de ella los dos primeros ejemplos, porque ya *fue* y *vio* se escriben sin tilde y, por lo mismo, se han evadido de esa ley.

Cuando se trate de compuesto de dos o más adjetivos unidos con guión, cada elemento conserva su acentuación prosódica y la tilde, si le correspondiere: *chileno-peruano*, *francés-español*, *anglo-holandés*, *lírico-dramático*, *histórico-crítico-bibliográfico*, etc.

A la regla 539 a) de la Gramática, que reza: "En las voces agudas donde haya encuentro de vocal fuerte con una débil acentuada, esta llevará acento ortográfico; v. gr.: *país*, *raíz*, *ataúd*, *baúl*, *Bails*, *Saúl*", se ha agregado: "Se exceptúa la *i* de la desinencia de infinitivo". Con esto, se ordena suprimir la tilde que hasta ahora se pintaba en los infinitivos terminados en *aír*, *eír* y *oír*. En el Informe, se repite que lo que se busca es simplificar, y lo que aquí se hace es complicar la regla mencionada con una excepción, que dará cuerpo a la falsa pronunciación *embáír*, *sonréír*, *desóír* del habla popular de varios lugares. Supongo que esa eliminación de acento alcanzará al compuesto *hazmerreír*, y se afianzará la pronunciación vulgar *hazmerreír*.

A propósito de esta nueva excepción, me expresa uno de nues-

tros más respetables filólogos: “Lo que menos me gusta en las nuevas normas es la supresión del tilde en los terminados en *air*, *eir* y *oir*”, porque pondrá a muchos lectores en la incertidumbre de cómo han de pronunciar —si con acento en la *i* o en la *a*—; “incertidumbre —añade— que no concuerda con la certeza y precisión que ha venido adquiriendo nuestro sistema de acentuación ortográfica; sería un lamentable paso atrás”. ¿Y qué ventaja ofrece una excepción, creada para evitar cuatro o cinco tildes —pues no son muchos más los verbos usuales de esa terminación—, cuando será, en realidad, una celada a la recta pronunciación? Servir a esta fielmente, debe ser el primer oficio de nuestra ortografía.

Se ha aducido como razón, en este caso, el hecho de que todos los infinitivos acentúan necesariamente la última vocal, y que eso basta para pronunciarlos debidamente. Las viciosas pronunciaciones que acabamos de recordar demuestran que eso no basta. Además, podría eso llevarnos a otras conclusiones análogas; p. ej., a la de que en todos los participios pasivos, el acento carga en la penúltima vocal y, por consiguiente, huelgan las tildes en *caído*, *raído*, *roído*, *leído*, *abstraído*, *poseído*, etc., y, apurando el fervor de economía, sobran igualmente en los derivados en *ible*, *ino*, *ismo*, *ito*, *illo*, *ista*, etc., pues se sabe que la *i* de estos sufijos es tónica, y entonces, a escribir: *creible*, *increible*, *alcalaino*, *paseito*, *deseillo*, *heroísmo*, *ateista*, etc. ¿Qué economía de acentos, verdad? Pero también ¡qué puerta franca a la relajación prosódica! ¡Qué flaco servicio prestara a la lengua tan mal aconsejada economía! Lamentable, por cierto, sería ese paso atrás.

Todas esas tildes podrían sí suprimirse, si se pusiese en la primera de las vocales concurrentes un signo anunciador de la inexistencia del diptongo; signo que, si no fuera suficiente la diéresis o crema, podría ser el subpunto de Benot o una virgulilla o raya sobre la dicha vocal. ¿Que habría que crear ese signo? Pues créesele en beneficio de la pronunciación que a toda costa debemos conservar.

Puesto que, en no pocas partes, se ponía tilde en la desinencia *uir* del infinitivo de muchos verbos, para pronunciar separadas esas dos vocales, se declara en la norma 17ª que deberá continuarse la práctica de la Academia que, en esos casos ha prescindido de esa tilde. Y esto parece apoyarse ahora en la norma 23ª, por la que se estatuye que “la combinación *ui* se considerará prácticamente como diptongo en todos los casos”. Según lo cual, deberá escribirse sin tilde lo mismo *instruir* y *huir* que *jesuita*, *beduino*, *altruista*, *casuista*, etc., voces estas últimas que la Academia atildaba,

Pero aquí más de uno ha preguntado: ¿Qué entiende expresar la Academia con el adverbio *prácticamente* que pone en la norma 23ª recién enunciada? ¿Que esa combinación, *ui*, en adelante será siempre diptongo y como tal deberá pronunciarse? Si es esto, sería una nueva norma de prosodia, y la docta Corporación loablemente trataría de poner bien de acuerdo a la ortografía con la prosodia. Pero, si con el *prácticamente* significa que, en la correcta pronunciación y en la teoría, no hay tal diptongo, aunque se deba considerar como existente sólo para lo escrito; la norma se convertiría entonces en otra ficción, que muchos se resistirán a admitir, porque conspiraría también ella, como las terminaciones *air*, *eir* y *oir*, contra una realidad prosódica y contribuiría a universalizar otro vicio de pronunciación: el de reducir dos sílabas a una sola. Más claramente, habrá que saber si debemos pronunciar *cons-truir*, dos sílabas, o *constru-ir*, tres; *des-trui-do*, tres o *des-tru-i-do*, cuatro; *je-sui-ta*, tres, o *je-su-i-ta*, cuatro. *i* en la pronunciación, deben separarse las dos vocales en sílabas distintas, a pesar de la norma, los que velan por la integridad de nuestra prosodia, como lo han hecho hasta ahora, seguirán poniendo la tilde a esa *i*, como en el otro caso similar. Y de esto, basta.

Plausibles son las resoluciones acerca de los verbos en *iar* y *uar*: se promete incluir en la Gramática do listas de verbos en *iar*: uno de los que en la persona “yo” del presente de indicativo no llevan diptongo, como de *enviar*, *envío*; de *rociar*, *rocío*, y otra de los que, en igual caso, dan lugar a vacilaciones, como de *vaciar*, *vacío* o *vacio*; de *agriar*, *agrío* o *agrío*. Y en este último caso, se señalarán las formas que, a juicio de la Academia, tienen predominio en el uso actual.

Y permítaseme aquí que salga por mi opinión. Al discurrir el señor Casares, en los fundamentos (págs. 64-66), sobre los más importantes de estos verbos, va indicando los autores que se inclinaron a una u otra pronunciación: son casi todos los míos que yo cito en mis *Cartas a Eulogio* (20ª a 24ª). Pero, sin duda, en la imprenta deben de haber cambiado de lugar algunos nombres, y así veo que estoy yo apoyando, en algunos casos, lo que no me agrada, y en otros, ambas pronunciacione a la vez. Se comprende que esto no puede hacerme gracia. Por esto, quiero dejar aquí constancia de las pronunciaciones que son de mi gusto: *afilio* (nó *afilío*), *agrío* (si bien añadido que *agrío* se oye mucho), *auxilio*, *reconcilio*, *espacio*, *expatrio*, *extasio*, *glorio*, *historio*, *inventario* (donde es Cuervo el que prefiere *inventario*), *obvio*, *palio*, *vanaglorio*, *vacío* y *vidrio*. En el verbo *inventariar* dice: “uso incierto (Bello)”. ¿No es una trasposición que

corresponde a *historiar*? En *paliar* dice: “Admite las dos formas (Rivodó)”. Rivodó no admite sino *palio* en sus *Entretenimientos gramaticales*, París, 1891, T. II, pág. 25.

Para los verbos en *uar*, se establece la regla siguiente, que es infalible: “Cuando la *u* va precedida de *c* o *g*, forma diptongo con la vocal siguiente”: de *evacuar*, *evacuo*; de *licuar*, *licuo*; de *averiguar*, *averiguo*; de *desaguar*, *desaguo*; “en los restantes casos hay hiato”: de *actuar*, *actúo*; de *avaluar*, *avalúo*; de *redituar*, *reditúo*; de *indivduar*, *indivdiúo*, etc.

Aquí, una observación sobre la palabra *hiato*, que acaba de emplear la norma trascrita. Adviértase que no está empleada en la acepción de “sonido desagradable” o “cacofonía”, que traen el Diccionario mayor y el Manual, respectivamente; pues, según eso, no habría hiato alguno en *actúo*, *avalúo*, *reditúo*, etc. Se ha empleado la voz *hiato* en la acepción de “dos vocales contiguas que no forman diptongo”, acepción con que la emplean, entre otros, Menéndez Pidal y García de Diego; pero juzgo que habría que incorporarla al Diccionario, aunque para evitar confusiones, sería acaso mejor adoptar las que, para el caso, han empleado otros tratadistas: la *azeuxis* de Robles Dégano o, mucho más fácil y claro, el *adiptongo* y el *atriptongo* de Benot, Sanmartí y otros.

En la XIX de mis citadas *Cartas* (pág. 159), de mayo de 1940, expresaba, refiriéndome al verbo *inmiscuir*: “¿Quién sabe si, con el andar del tiempo, no desaparece esta excepción (única entre todos los verbos en *uir*), y se acepta su conjugación similar a la de los demás en *uir*, como sucedió con el verbo *placer*, que hoy se conjuga como *nacer*, aunque puedan usarse también sus formas antiguas? ¿Se perdería mucho?” Pues hoy, después de doce años, leo, no sin halago, la norma 20ª que establece: “Sin derogar la regla que atribuye al verbo *inmiscuir* la conjugación regular, se autorizarán las formas con *y*: *inmiscuyo*, etc., por analogía con todos los verbos terminados en *uir*”. Pero lo que hay es que la terminación *uir* en *inmiscuir* ha sido siempre diptongo. En los otros, ¿habrá también en adelante verdadero diptongo de pronunciación reconocido, como realmente ya lo había en la práctica, debido a la falta de tilde que contribuyó grandemente a que se leyera como diptongo? Es una duda que esperamos aclare la Academia.

Otra novedad de las óptimas: la supresión de las tildes en los monosílabos verbales *fue*, *fui*, *vio*, *dio*, perfectamente superfluas. ¡Cuánto se protestó contra ellas! Al fin, eso y la práctica de los que no nos aveníamos a esa arbitrariedad, han triunfado. Claro está que

los compuestos de dichos monosílabos y un prefijo se sujetarán a la regla general de la tilde: *previó, revió, contrafui, contrafué*, anticuadas las dos últimas formas.

¿Y la forma *hui*, pretérito de *huir*? De nuevo en la danza, la combinación *ui*. Si en todos los casos, como prescribe ahora la Academia, *ui* es diptongo, *hui* se escribirá sin tilde, como *fui*. Pero si la autoridad entiende que se pronuncie *hu-i*, entonces, a pesar de todo, mucho seguirán escribiendo *hui*, aunque más claro sería aún *hüi* o con el otro signo preventivo a que ya se aludió.

Otra sugerencia aceptada y, por mi parte, bienvenida: Como se atildan *este, ese* y *aquel*, con sus femeninos y plurales, cuando ofician de pronombres, era lógico que se atildasen también otros adjetivos cuando, como aquéllos, se emplean en función pronominal: *otro, algunos, pocos, muchos*, etc. Y así lo admite la norma 26ª. En uno de los amenos comentarios que publicó el señor Casares en *Mundo Hispánico*⁹ se lee: "la extensión protestativa de la tilde enfática a los adjetivos *pocos, muchos, otros*, etc.. en función pronominal, ha sido postulada en nuestros días por el P. Ragucci". Es innegable que la igualdad de trato exigía tal concesión. Reconocida ésta, manifiesto¹⁰ que, en vista de que son muchas las tildes que entonces habría que pintar y que, por lo demás, éstas son todas innecesarias para el sentido, propongo —y esto es lo que, en definitiva, "postulo"— que se omitan todas esas tildes: las de hecho y las de derecho. Por eso, laudablemente, concluye la referida norma: "Será lícito prescindir de la tilde, cuando de ello no resulte anfibología". ¡Y esto sí que es economía de tiempo y de tinta! Hace años que venimos usufructuándola, siquiera de contrabando. Ni he dejado de insinuar que ni siquiera en caso de anfibología, es necesaria la tilde: todo se aclara entonces mejor con una coma, antes o después del pronombre: *Traen estos, garrotos; esas, escobas; aquellos, plumeros; Soltaban unos, insultos; otras, risas; amenazas, algunas: donaires, muchos*.

Excelente también me parece la solución de *aún*: cuando significa *todavía* debe tenerse por disílaba aguda y debe, por lo tanto, llevar tilde, así antes como después del verbo: *aún está enfermo, está aún enfermo* y *está enfermo aún*. En los demás casos, en que vale *hasta, también, inclusive* o *siquiera* con negación, es monosílabo y se escribirá sin tilde: *aun los sordos han de oír; ni hizo nada por él ni aun lo intentó*.

⁹ Número de febrero de 1953.

ción de 1946, pp. 287 y 288.

¹⁰ *Palabras enfermas y bárbaras*, edi-

Más de una página, y en más de un lugar, dediqué a combatir la ilógica grafía *Feijóo*, que muy oronda aparecía en todas partes, hasta en publicaciones de la Academia. Al fin en su sala ha tenido eco mi protesta y se ha ordenado e cribir el apellido *Feijoo* más de acuerdo con el código gramatical. “Se suprimirá —canta la norma 28ª— la tilde en *Feijoo*, *Campoo* y demás nombres paroxítonos terminados en *oo*”. Así debe ser, pues se trata de voces paroxítonas o llanas. Y no se discute aquí el peso de los argumentos de los que sostienen que no es tal, sino oxítono o agudo, *Feijoo*, el apellido del famoso benedictino gallego; pero confiamos en que el absurdo *Feijóo* quede sepultado para siempre.

Acaba de tratarse de un nombre propio español. Respecto de los propios extranjeros, se preceptúa para en adelante que no lleven ninguna tilde que no tengan en el idioma de origen. Esto está muy bien para nombres como *Shakespeare*, *Rousseau*, *Müller*, *Montesquieu*, *Southey*, etc. ¿Dónde poner la tilde? ¿En qué vocal? Pero esta clase de nombres son los menos. ¿Qué dificultad ofrecen, por ejemplo, todos los nombres italianos y portugueses? ¿Y la mayoría de los alemanes? ¿Y gran número de ingleses, belgas, polacos, etc.? Pues a quien conozca la correcta acentuación originaria de esta suerte de nombres, ¿por qué se le ha de prohibir que la señale a los que acaso la ignoran, a fin de que pronuncien menos mal? ¿Por qué oímos acentuar *Pellico*, y *Bréda*, y *Turguenév*, y *Anahuác*, y *Cagliári*, y *Manco Capác*, y *Rimác*, y *Tólstoi*, etc.? Porque se ha omitido la rayita que habría hecho pronunciar a todos lo que correspondía: *Péllico*, *Bredá*, *Turguénev*, *Anáhuac*, *Cágliari*, *Manco Cápac*, *Rímac*, *Tolstói*, etc. Por eso, he oído a muchos sustentar que esta norma debiera ser preceptiva para los primeros nombres, y postestativa para los demás.

Esa norma —que es la 30ª— advierte que, si se trata de nombres geográficos adaptados ya a nuestra fonética o castellanizados, dejan de considerarse extranjeros y se atildan con arreglo a las normas generales: *San Quintín*, *Aviñón*, *Normandía*, *Támesis*, *Nápoles*, *Turín*, *Túnez*, *Pequín*, *Ródano*, etc.

La norma 31ª limita el uso tan restringido ya de la diéresis o crema. Establece: “El uso de la diéresis sólo será preceptivo para indicar que ha de pronunciarse la *u* en las combinaciones *gue*, *gui*: *pingüe*, *pingüino*”. En los demás casos, para señalar alguna pronunciación determinada, su empleo es apenas discrecional.

A mi ver, es lástima que se condene a la crema a tanta ociosidad. El mismo señor Casares, en el Informe (p. 77), implícitamente

reconoce la conveniencia de su empleo, y se pregunta: “¿Sería aconsejable pasar de la recomendación al precepto y hacer obligatorio el uso de la diéresis a fin de reflejar en lo escrito ciertas finuras de pronunciación? No parece oportuno”. Y véase la razón de este parecer negativo: “detendría a menudo la pluma ante incontables dudas ortográficas”. Pero ¿no están para eso los diccionarios; para resolver las dudas, que pueden tener aun los que se precian de eximios escritores? La escritura debe reflejar lo más perfectamente posible la pronunciación, para que los que lean lo hagan como se debe. Si no, ¿qué sucederá? o, mejor, ¿qué es lo que está sucediendo por la ausencia de esa indicación? Que la mayoría de los lectores convierten los hiatos o adiptongos en diptongos, con la deplorable y creciente bastardía de nuestra prosodia, que va perdiendo cada vez más las “finuras de pronunciación” que dice el insigne Secretario Perpetuo. Lo menos que podría pedirse sería lo que a renglón seguido él mismo atinadamente insinúa: “Otra cosa sería que el Diccionario emplease la diéresis para indicar el silabeo correcto de algunas palabras, pero no en el encabezamiento de los artículos, donde la grafía ha de ser la usual y preceptiva, sino entre paréntesis, a manera de información supletoria: *piar* (pīar), *monstruoso* (monstrūioso), *anar* (āunar)... y así en muchos centenares de vocablos, cuya prosodia ortodoxa sorprendería más de una vez a los lectores: v. gr.: *früición*, *crüeldad*, *rëunir*, *crīatura*, etc.”. ¿Sorprendería a los lectores! Pero ¿es que debe pronunciarse sin diptongo o con él? ¿Y entonces? Si de sobra sabemos que, sin esa diéresis sorprendente, se leerán mal esas voces, ¿no es la eliminación del alerta —que sería ese signo u otro convenido— una contribución práctica a la perversión prosódica? Todo sería cuestión de hábito. Algo, indudablemente, costaría al principio; pero ya todos irían haciéndose poco a poco a ello. ¡Cuánto mayores dificultades no hay en otros idiomas!

Lamentablemente, la insinuación parece no haberse tenido en cuenta, desde que leo en la norma siguiente: “Se suprimirán en el Diccionario las diéresis de *dīoso*, *dūán*, *düeto*, *pīada*, *pīador*, *pīón*, *püado*, *püar*”. ¡Hasta las escasas sobrevivientes se eliminan! Y muchos dirán, con su razón: “Eso será para que desde ahora pronuncien todos —no sólo el vulgo ignaro— con diptongo: *dio-so*, *duan* (como *Juan*, monosílabo), *due-to*, *pia-da*, etc. Pues, entonces, amén: así se hará legalmente”. ¿O no se habrá tomado esa determinación por uniformidad: por igualar estas voces a muchas otras que debían estar en el Diccionario con diéresis y no la llevaban? ¡Donosa mane-

ra de cohonestar licencias! Por economizar unos puntitos, se prefiere que se deformen las palabras. ¿No es un delito de lesa lengua?

Afirma el señor Casares (págs. 58 y sigs.) que percibe claramente el hiato (adiptongo) en vocablos como *bienio*, *trienio*, *diedro*, *dieta*, *arriero*, *naviero*, *cliente*, *bióxido*, *dioico*, *perioestio*, *cabriola*, *prior*, *biombo*, *brioso*, *fastuoso*, *monstruoso*, etc. Pues aquí, como en muchas otras partes, seguirán pronunciándolos con diptongo, lo mismo que *violeta*, *riacho*, *riachuelo*, *riada*, *sonriente*, *viaje*, *vial*, *viable*, *diario*, etc., por más reglas que en su prosodia dicte la Academia, mientras siga escribiéndolas sin ningún signo indicador de ese dichoso hiato. Las palabras *guión*, *Sión*, ¿constan de una o dos sílabas? Por la tilde, parece que de dos; porque, si nó, en monosílabos la tilde estaría de más, y, a pesar de ella, ¡cuántos leen esas voces como monosílabos, debido a la ausencia de los puntos diacríticos!

Salvemos la prosodia, que es anterior a la ortografía y más importante que ella; nó por nada esta es simple sierva de aquélla. Se contribuirá eficazmente a salvarla, con signos que señalen al lector sus exigencias, y más cuando la cosa no es tan evidente como en los últimos ejemplos.

Las normas 33ª y 34ª, aunque no sean preceptivas, sino de simple recomendación. Se refieren a voces compuestas y a la unión o separación de sus elementos. La primera es de este tenor: “Cuando los gentilicios de dos pueblos o territorios formen un compuesto aplicable a una tercera entidad geográfica o política, en la que se han fundido los caracteres de ambos pueblos o territorios, dicho compuesto se escribirá sin separación de sus elementos: *hispanoamericano*. En los demás casos, es decir, cuando no hay fusión, sino oposición o contraste entre los elementos componentes, se unirán éstos con guión: franco-prusiano, germano-soviético”.

Pero ¿y si se trata, nó de una guerra o conflicto, sino, por ejemplo, de una alianza, de un congreso, de un ejército, en que se agrupan elementos de dos o más pueblos, entre los cuales no puede afirmarse que haya “oposición o contraste”, sino, al contrario, labor en común o cooperación para el logro de algún objetivo científico, literario, social, político, religioso? Si nos atenemos a lo enunciado, especialmente en la parte final, parece que podríamos escribir *congreso francoalemán*, *alianza anglosoviética*, *ejército chinocoreano*, etc. Si acudimos por aclaración al Informe ¹¹, parece que éste aconseja el guión, porque en estos casos, si hay contacto o concurrencia, es sólo

¹¹ Op. cit., p. 97.

ocasional o eventual y no fusión duradera. Y esto convendría que lo diera a entender la norma.

La 34ª expresa: “Los compuestos de nueva formación en que entren dos adjetivos, el primero de los cuales conserva invariable la terminación masculina singular mientras el segundo concuerda en género y número con el nombre correspondiente, se escribirán uniendo con guión dichos adjetivos: *tratado teórico-práctico, lección teórico-práctica, cuerpos técnico-administrativos*”.

Aquí, un problema: Cuando el primer adjetivo, por ser de los terminados en *a*, no tiene forma masculina en *o*, como *agricola, belga*, ¿qué terminación deberá darse al primer elemento: *a* u *o*? ¿Se dirá: *trabajos agrícola-ganaderos* o *trabajos agrícola-ganaderos*, pues he visto en uso ambas prácticas? La segunda puede apoyarse en el hecho de que, siendo también *celta* adjetivo de una sola terminación y, por consiguiente, invariable para los tres géneros, he visto los compuestos *celtohispano* y *celtohispanico*, donde *celta* se ha trocado en *celto*, vocablo que no existe separadamente. ¿Deberán o podrán imitar a *celta* los demás adjetivos de una terminación?

He aquí otra norma, la 35ª, curiosa novedad, contra la cual surgen graves resistencias cimentadas en largo uso. Se refiere a compuestos que deben fraccionarse por no haberlos al fin de una línea; es una adición al apartado 1º del núm. 553 de la Gramática, y dice: “Esto no obstante, cuando un compuesto sea claramente analizable como formado de palabra que por sí solas tienen uso en la lengua, o de una de estas palabras y un prefijo, será potestativo dividir el compuesto separando sus componentes, aunque no coincida la división con el silabeo del compuesto. Así podrá dividirse: *no-sotros* o *nos-otros, de-samparo* o *des-amparo*”.

Hasta ahora la Gramática hablaba de estos solos compuestos: *nos-otros, vosotros, es-otros* y los formados con el prefijo *des*, y la división debía efectuarse en el lugar en que se unían ambos elementos, de modo que éstos quedaran íntegros a uno y otro lado. Sin embargo, solía extenderse la práctica a los demás compuestos, aunque la Gramática no se refería a ellos. Hoy queda reconocido ese uso extralegal y, además, se autoriza, sin hacerla obligatoria, otra forma de división, que es lo peliagudo. Los más se resisten a mutilar cualquiera de los componentes. Además, la concesión da lugar a más de una duda o vacilación. Sean, por ejemplo, las voces *interoceánico, transiberiano, malestar, hablaráse, bienaventurado, subrayar, girasol, manosilábico, quienesquiera*; son todos compuestos de los que dice la norma, esto es, claramente analizables: de dos voces castellanas o

de un prefijo y voz castellana. Pues preguntan: “¿Podremos dividir, en fin de renglón, de este modo: *inte-roceánico*, *trans-iberiano*, *ma-lestar*, *hablar-áse*, *bie-naventurado*, *su-brayar*, *gir-asol* o *giras-ol*, *mo-nos-ilábico*, *quien-esquiera*? Enormidades parecen, especialmente algunos casos; pero . . . ¿no están dentro de la norma? Todas las divisiones dan sílabas cabales . . .” Mis amigos correctores y linotipistas se hacen cruces. ¿Será la novedad?

Sigue otro apartado: “Cuando, al dividir una palabra con arreglo al apartado primero, haya de quedar en principio de línea una *h* precedida de consonante, se dejará esta al fin del renglón anterior, y se comenzará el siguiente con la *h*: *al-haraca*, *des-hidratar*, *super-hombre*, etc.”. Según esto, parece que podremos dividir también *clor-hidrato* y *tras-humante*, contra la opinión del señor académico Eijo Garay (p. 117).

Importante es la declaración (37ª): “la *h* muda, colocada entre dos vocales, no impide que éstas formen diptongo: *de-sahu-cio*. En consecuencia, cuando alguna de dichas vocales, por virtud de la norma general, haya de ir acentuada, se pondrá el acento ortográfico como si no existiese la *h*: *vahido*, *búho*, *rehúso*”, pues, sin la tilde, estas voces se pronunciarían como si estuvie en escritas, sin la *h*, *vaido*, *buo*, *reuso*, con acento en las vocales fuertes. Como se ve, la tilde señala que no hay diptongo.

Y aquí se plantea otro problemita: ¿Cómo se procederá, por ejemplo, en *Brihuega*? El lector dice, según lo anterior: la *h* no impide el diptongo; luego, Brihu-ega. Pero no es esa la pronunciación. ¿Cómo habrá que escribir la voz para pronunciarla bien? ¿Cómo indicaré que la *i* no forma diptongo con la *u* . . .? ¿Y cómo leerá *pi-huela* el que nunca ha oído ese vocablo? Ateniéndose a la norma 37ª, dirá *pihu-ela*, y dígasele por qué se ha equivocado. ¿Cómo se indicará que esas vocales deben allí separarse . . .? ¿Cómo sabrá el lector común cuándo hay diptongo y cuándo no lo hay en *prohijar*, *prohijo*, *prohijé*, *prohijamos*, *prohijaré*, *prohijes*, etc., formas distintas de un mismo verbo, y cuándo, al escribirlas, usará la tilde . . .? También en estos y otros muchos casos el empleo de la diéresis u otro signo convencional podría prestar gran ayuda. Se escribiría, por ejemplo, *Brihuega*, *pihue-la*, *prohijo*, para que no haya diptongo, y sin diéresis para que lo haya: *prohijar*, *prohijaré*, etc. Claro está que entonces sería inútil la tilde de *vahido*, *búho*, *rehúso*, etc., porque aquí también bastaría la crema: *vähido*, *büho*, *rëhuso*, etc.

Una observación ahora sobre el ejemplo *de-sahu-cio* de la norma 37ª. Me refiero, nó a su composición, que exige otro silabeo, sino

a la acentuación que allí se le asigna, sobre la vocal *a*: *desáhucio*. Está ella en contradicción con la práctica de los clásicos y la enseñanza de los grandes maestros, con excepción de Menéndez Pidal en su excelente *Gramática Histórica* y a medias de Benot, que en su *Diccionario de Asonantes* registra las dos acentuaciones. Cuervo se expresa así: “¡uestros clásicos separaron siempre en la pronunciación las dos vocales en las inflexiones que acentúan la raíz: *desahúcio*, *desahúcién*; y formaron diptongo en aquellas que llevan acentuada la terminación: *des-ahu-ciar*, trisílabo [y nótese cómo silabea], *des-ahu-cie-mos*, tetrasílabo” (*Diccionario de construcción y régimen*). Y con esto concuerda también lo que afirma en sus *Apuntaciones*: “En el verbo *desahuciar*, el infinitivo es trisílabo (*des-ahu-ciar*), porque el acento carga en *ciar*; pero en la primera persona del presente de indicativo deben resultar cuatro sílabas, porque el acento ha retrocedido: *des-a-hú-cio*” [véase cómo ha silabeado], y abona su aserción con versos de Quevedo, que no constarían si se pronunciase *desáhucia*, y de Calderón, en que esta pronunciación con acento en la *a* no sería asonante de *descoyunta*, como lo exige el romance que está empleando, y es preciso leer: *des-a-hú-cia*. *Desahúcio* enseñaron también Bello, Rivodó, Ortúzar, Isaza, los dos Amunátegui, Robles Dégano, Sanmartí, Toro y Gisbert, Selva y Sicilia, aunque éste sólo se refiere a *ahuciar*, lo cual extendería, sin duda, al compuesto *desahuciar*. Y aún agrega Cuervo: “Imitan a *desahuciar* los verbos *airarse*, *aislar*, *aullar*, *maullar*, *sahumar*, *aunar*”. E decir, todos estos, como el primero, acentúan en el presente de indicativo la segunda vocal del diptongo que hay en el infinitivo: *airo*, *aislo*, *aúllo*, *maúllo*, *sahúmo*, *aúno*, como *ahúcio* y *desahúcio*.

Con esto, acabamos de pasar revista a las más importantes novedades que nos han traído las *Nuevas normas de prosodia y ortografía*.

De menor bulto son las demás.

Las locuciones *en hora buena* y *en hora mala*, modos adverbiales, serán equivalentes a las grafías *enhorabuena* y *enhoramala*, estas con remisión a aquellas (14ª y 15ª).

Los vocablos agudos en *uy* no llevarán tilde en la *u*, y trae como ejemplo *Espeluy*, que hasta ahora la Academia (*Gram.*, 539, b) consideraba grave, lo mismo que a *Tuy* y acentuaba *Espelúy* y *Túy*, para que se pronunciara *Espelú-y*, *Tú-y*. ¿Habrán entrado estos en el régimen nuevo de la combinación *ui*, y serán una demostración práctica de que *ui* forma siempre un verdadero diptongo? (24ª).

Por la 40ª, deroga la observación de que la *y* final se considera

como consonante para los efectos de la acentuación ortográfica, y la sustituye por esta regla: "No llevarán acento ortográfico los vocablos agudos terminados en *y*: *virrey, convoy, cocuy, cargabuey*".

Desde ahora, no "por costumbre", sino preceptivamente deberá atildarse el adverbio *sólo*: *sólo pide justicia; vimos sólo una barca* (28ª).

A la voz *cántiga* se le quita la nota de anticuada, en atención a que la usaron y usan buenos autores modernos; puede usarse lo mismo que la llana *cantiga* (4ª, k).

Se promete la inclusión, en la Gramática, de una lista de verbos consonánticos que, por tener encuentro de vocales dentro del tema, dan motivo a vacilación, y se indicará en cada caso la acentuación correcta: si *reuno* o *reíno*, de *reunir*; *embaulo* o *embaúlo*, de *embaular*, etc. (21ª).

La norma 22ª formula dos reglas generales de acentuación en la concurrencia de vocales, para determinar cuándo forman o nó diptongo.

La 36ª exige el restablecimiento o conservación de la *g* inicial en nombres geográficos que tradicionalmente se han escrito con esta letra y en los gentilicios correspondientes: *Gibraltar* y *gibraltareño*. El Diccionario trae las dos formas, con *g* y con *j*; pero da la preferencia a la con *j*, que, probablemente, no figurará ya en la nueva edición.

La 38ª ordena suprimir en la Gramática la afirmación de que la *x* no se encuentra en principio de dicción, pues el Diccionario oficial trae más de una docena de voces que empiezan con *x*. El ilustre escritor y académico mejicano Alfonso Junco, prácticamente, se rebela contra esta norma y se queda con lo que hasta hoy ha afirmado la Gramática y da con ello plena razón al Informe del señor Casares (p. 103). La *x* equivale a *cs* o *gs*; pero eso, en la práctica, cuenta para la gente culta, sólo cuando se halla entre vocales: *examen, laxitud*; en los demás casos, difícilmente se pronunciará más que una *s*: *exponer* se lee *esponer*; *moxte, moste*; *xilófago, silófago*. ¿No sería el caso de aplicar a la *x* inicial, por lo menos, lo que se ha concedido a los grupos *ps, mn* y *gn*? Pues la *x* equivale al grupo *cs* o *gs*, en teoría, descártense la *c* y *g*, prácticamente mudas, y léase y escríbase con *s*: *senofobia, silografía*. En Méjico, donde muchos escriben *México* y pronuncian *Méjico*, por *xenofobia* y *xilografía*, pronuncian —dice el señor Junco— *jenofobia* y *jilografía*, pero nunca —tampoco en la Argentina—, *cxenofobia* y *csilografía*. ¿Cómo olvidar aquí al eminente filólogo chileno don Miguel Luis Amunátegui Reyes, que con

otros ilustres varones de su tierra tanto bregó por el cambio de esa *x*, que nadie ha pronunciado, en *s*, delante de consonante, y lo mismo diría ahora de la *x* inicial, que es ficción mayor aún?

Nadie podrá objetar la norma siguiente que es justo decreto de ostracismo para las voces *xamar*, *xana*, *xara* y *xaurado*, cuya *x* debe sonar con sonido ajeno a la fonética española. No siendo, por lo mismo, voces castellanas, bien está que se las elimine del Léxico.

La norma 41ª corrige la grafía *Adonái* del Diccionario: deberá escribirse con *y* final y sin tilde, como *Uruguay*, *amancay*. El señor Lázaro Schallman reclamaba ya esta corrección en su *Diccionario de hebraísmos*. De la variante *Adonai* aguda, nada se dice. Sin duda, se la respetará debido al uso que de ella han hecho muchos escritores de nota.

La última de las nuevas normas es la que prescribe el cambio de la grafía *ypsilon* —tan rara con su *y* inicial y tilde—, por la de fonética idéntica *ípsilon*, más fácil de representar gráficamente.

Con esto, ha llegado el instante de poner término a tan extensa y deshilvanada charla familiar. A través de ella, los que han tenido la amabilidad y paciencia de seguirla, habrán debido apreciar, no obstante los reparos, la magna labor realizada por la Real Academia Española para ofrecernos las importantes reformas que se acaban de enumerar. Felicitémonos de que, con tan buena voluntad, haya entendido con ellas responder ampliamente a muchos de los repetidos toques de atención dados por celosos vigías de la lengua en el área inmensa de la veintena de naciones que hablan, cantan y rezan en español.

Quiera la docta y respetada Corporación atribuir también a buena voluntad y anhelo veraz de colaboración los reparos e insinuaciones que estas páginas formulan, personales unos, recogidos los otros de labios de entrañables cultores del idioma, sobre apectos o casos de la labor innovadora, que de primera intención no llega siempre a captar ni el más lince, y ojalá pueda tenerlos en cuenta antes que las *Nuevas Normas* pasen a incorporarse definitivamente al Diccionario y a la Gramática.

La generosa actividad desplegada en esta ocasión, fundamentalmente permite concebir la esperanza de que han de ir repartiéndose en años venideros otras innovaciones prometidas y esperadas para el más acabado y brillante empleo del exquisito dón de Dios, que es nuestro incomparable idioma común.

Y sea mi última palabra la más fervorosa enhorabuena al señor Julio Casares, a cuya laboriosidad ejemplar, que no conoce la merecida jubilación de los años —pues continúa desarrollándose con bríos de juventud—, y a su firme autoridad de filólogo eminente, hemos de atribuir en primer término la adopción de las nuevas normas, que en buena parte extirpan la cizaña que venía contaminando la parcela de la prosodia y ortografía españolas, no obstante puedan jactarse, sobre todo la última, de una excelencia que bien quisieran para sí los demás idiomas.

Bernal, julio de 1953.

RODOLFO M. RAGUCCI, S. D. B.